

EL ESPEJO CÓSMICO

Sombra y Esplendor de los Doce Signos

(EXTRACTO)

Gonzalo Pérez Benavides

Las civilizaciones del pasado intuyeron el cielo estrellado, en su inmutable perfección, como un código sagrado para descifrar las leyes y ciclos de la existencia. Para ellos, el alma y el universo danzaban juntos una sola coherencia, regidos por idénticos principios, conectados inseparablemente en una ecología trascendental.



Como es arriba, es abajo, decían, señalando al alma como un espejo del cosmos, un reflejo de sus mareas, sus equilibrios, su sentido. Cada una de las culturas antiguas desarrolló una ciencia de esta relación sistémica entre lo humano y lo cósmico, una sistematización de los ciclos astronómicos y su sincronización con los movimientos del alma: la astrología. Hubo astrología celta, maya, india, china, tibetana. En las raíces de Occidente, egipcios y babilonios entregaron su saber a los griegos de Alejandro, que dieron forma pitagórica al sistema que conocemos como astrología clásica.

Florecente en las Edades Medias, particularmente en el mundo árabe, alcanza intenso fulgor en las cortes renacentistas, para volver a ocultarse, perseguida primero por la Inquisición y luego descalificada con encono por el racionalismo de la modernidad.

A pesar de la condición marginal en que encontramos este saber milenario, donde lo psicológico se comprende desde las grandes leyes del universo, sus símbolos están intensamente vivos en el sentir colectivo. En nuestro mundo, ya no queda ciudadano que no conozca el signo del Zodíaco que corresponde a su nacimiento, y que no esté familiarizado con algunas nociones populares acerca del significado de esa filiación celeste. Y, de lejos, la tipología de los Doce ha llegado a ser la categorización psicológica más extendida en el uso común. Las personas ordenan su observación de las peculiaridades humanas siguiendo estas descripciones arquetípicas de la astrología, enfocan la diversidad con estos doce lentes, codifican los rasgos aplicando este alfabeto, esta escala cromática.

La sola supervivencia en el uso cotidiano de una antiquísima clasificación simbólica sugiere que se trata de símbolos de extraordinario poder evocativo. Pareciera que el alma encuentra allí un lenguaje en que lo claro y lo profundo no son incompatibles. La psicología transpersonal, una avanzada

contemporánea de la psicología que busca develar los enigmas de la dimensión desconocida del alma, ha redescubierto la astrología como un asombroso mapa del inconsciente, un conocimiento preciso de las coordenadas y geometría del espejo cósmico.

Por cierto, si queremos personalmente arriesgar una ojeada a ese espejo, necesitamos nuestra carta astral, ese diagrama astrológico del sistema solar en el instante en que nacimos. No es difícil, hoy, obtenerla. Hay expertos excelentes, y, en Internet, varios sitios que la calculan y entregan una primera interpretación sin costo.

La carta individual es compleja. Desde luego, el signo de nacimiento es sólo uno de los que aportan a nuestro diseño, y no es el que describe específicamente la personalidad misma. Encontramos un signo Ascendente, donde sí veremos reflejada la propia forma de ser y ciertos vectores de nuestro devenir; el signo donde está la Luna, tan revelador de la vida afectiva y el estilo emocional; el signo que Venus carga para nosotros con su magnetismo afrodisíaco; el signo de la aspiración, en el cenit o Medio Cielo; el signo de Marte, el de Mercurio... En cada uno de nosotros, hay al menos tres signos que orientan decisivamente nuestra dinámica inconsciente. Tres o más arquetipos de realización humana que activan una particular especialización existencial.

Si se tratara de conceptos, con un par de lecturas de sus definiciones podríamos estar listos. Pero la astrología trabaja con estructuras simbólicas, con arquetipos, y los símbolos, a diferencia de los conceptos, no son ideas que puedan ser establecidas en un diccionario de una vez para siempre. Los símbolos son dedos que apuntan hacia una dirección, que como toda dirección, crece hacia el infinito. Y el camino de descubrimiento que indica ese dedo es un camino subjetivo, a recorrer personalmente, de vivencia en vivencia, de expansión en expansión.

El Sol, por ejemplo, es una estrella, pero también un símbolo, una señal que orienta al alma hacia el misterio radiante y creativo en el centro del ser. Una rosa, o un loto, es simplemente una flor, pero cuando la contemplamos con el ojo interno, iluminada por el reflector de la conciencia, va desplegando pétalo a pétalo una fragancia de significados que nos elevan a una nueva comprensión.

Para acercarse a los símbolos que dan substancia a los doce signos, es provechoso comenzar por reflexionar y hacer vivencia de sus materias primas, los cuatro elementos. El fuego, poderosa actividad que se proyecta siempre hacia el cielo, transformando densidad en intensa luz y vida, es ardiente símbolo del espíritu. Hay fuego en el núcleo de la Tierra, en el esplendor del Sol, en el rayo, el volcán, el incendio, el hogar y el metabolismo. De la vela a la forja, de la pira funeraria a la antorcha olímpica. En nosotros, esa luz, ese calor, ese poder, está en la visión intuitiva, la imaginación, la voluntad y el propósito. Quemante en la pasión, nos da vida con el entusiasmo, la fe, el impulso creativo, alumbrando nuestro camino con la fuerza de la intención. Enciende en el corazón la llama incandescente de los valores.

El aire vuela libre, transparente, comunicando todos los espacios, ensanchando todos los pechos, difundiendo velozmente ondas, vibraciones, información. Prístino, pero también contaminado o enrarecido, simboliza nuestra mente en todos sus estados. La brisa juguetona, el aire oxigenado a orillas del mar, el viento que trae lluvia, el viento caliente que todo lo seca, la turbulencia, el tornado, el huracán... La asfixia, la inspiración, la respiración boca a boca que salva la vida. La palabra. El aire es el reino de las ideas, la lógica, la razón, la teoría, el ámbito del desapego, el ingenio, el entendimiento, la perspectiva. El ámbito obvio, universal, donde todos somos uno. Sin amarras, nos elevamos allí a reír juntos como trapevistas o planeadores disfrutando de la liviandad y el espectáculo. Porque el aire en nosotros nos brinda el más humano de los dones humanos: el humor. Sólo el aéreo desapego nos permite mirar y mirarnos desde muchas partes a la vez. Descubriendo con ironía cómo, en alguna situación, los protagonistas van enredándose con sus pretensiones en una comedia donde las apariencias nunca corresponden a una realidad evidente desde afuera. Para reír de algo, no podemos estar involucrados. El arte supremo del aire abre un espacio sereno desde el cual apreciar la existencia con generosa sonrisa.

La tierra es sólida, durable, sabia de ciclos y desarrollos, fecunda de criaturas y frutos, rica de formas, colores, aromas, texturas, sabor. Su cuerpo de valles, montañas, planicies es casi nuestro cuerpo, también hecho de suelo, de barro, de vida. La pragmática inteligencia de la naturaleza anima nuestro organismo y su saber instintivo, y nos enseña a vivir, hacer, construir; a cambiar con las estaciones del año y de la historia, a madurar y entregar semilla. A trabajar, aprender y crecer en destreza y excelencia, para ser más útil, para servir mejor. Manos a la obra... Desarrollar resistencia para sobrevivir el cataclismo y la sequía; atinar a sembrar, podar y cosechar a tiempo. Sin olvidarse, claro, de agradecer y gozar de estar aquí, y sentir la primavera, o el verano, o el beso, o el ritmo embriagador. El cuerpo, enraizado firmemente, vivo con la sabiduría de la tierra, conoce el proceder necesario para realizar nuestro sueño y concretar la Tierra Prometida.

El agua brota del manantial más puro, fluye cristalina por las pendientes, regando y lavando a su paso, luego se arroja incontenible al abismo, volviéndose cascada o catarata, se detiene en el lago para reflejar crepúsculos y estrellas, hierve al calor de los volcanes, se evapora y es nube, y después lluvia, o lágrima, cristaliza en témpanos, glaciares, nieves eternas; pero nada puede impedir que se haga río y encuentre su profundo destino, el océano infinito del amor.

¿Necesitamos acaso precisar que el alma es agua y el sentimiento, su fluir?

Los Doce nacen de estas cuatro energías, multiplicándolas en polaridades y equilibrios, y se ordenan como rayos de una rueda en torno al eje único, el eje de la individualidad. A la rueda la llamamos, con cuidado, Rueda de la Fortuna.

La Rueda gira en nuestras vidas, subiéndonos al triunfo, y luego trayendo el descenso que depura y prepara la nueva gestación. En cada uno de esos momentos nos desafía algún arquetipo, algún signo, que contiene la respuesta

maestra a la prueba a que nos somete la existencia. En el mito, fue Hércules el héroe que debió enfrentar doce trabajos para liberarse del purgatorio a que su locura lo había condenado. Atravesando las doce pruebas, se fue haciendo consciente, maestro de sí mismo, y pudo, al completarlas, asumir su herencia divina. La historia de Hércules es una historia de iniciación, simbólica del proceso en que nos vamos descubriendo a nosotros mismos en la experiencia.

El espejo cósmico sugiere que hay orden y sentido en esas experiencias que la vida nos trae. En ese orden trascendente, los signos del Zodíaco son doce puertas que conducen a experimentar la individualidad en expresiones múltiples y complementarias, despertando talentos dormidos y enriqueciendo la percepción con dimensiones nunca antes imaginadas. Cada uno de nosotros va abriendo esas puertas a medida que la circunstancia lo exige. Pero la actitud con que atravesemos el umbral, los grados de resistencia o apertura, determinarán si viviremos la enseñanza como viaje, o como suplicio.

Cada cual tiene en su potencial a los Doce, y eventualmente los irá despertando en el camino de completación que es vivir; pero cada uno es también un especialista, un ser que trae activadas las emociones y capacidades necesarias para desarrollar un aporte propio y valioso a su comunidad. Unos vienen diestros con las manos, otros con la imaginación. Algunos conocen mejor las artes de la iniciativa, otros, las de la duración. En la gran orquesta de la humanidad, cada uno tiene su instrumento, de timbre tan único y personal como la huella digital. Pero de ahí a tocarlo en armonía con la música colectiva, o aportar un solo, hay largos trechos de darse cuenta y muchos heroicos trabajos.

Las coordenadas de nuestras especializaciones, de nuestro diseño personal, las encontramos en la carta astral del nacimiento. La primera inhalación, al nacer, pareciera conectarnos, no sabemos cómo, con las configuraciones energéticas presentes en el vasto entorno planetario. Esa inconcebible sincronía entre individualidad y estado cósmico está reflejada en el diagrama de la carta natal. Ciertos signos serán proyectados a la conciencia, describirán nuestras identificaciones; otros permanecerán inconscientes hasta que la crisis, o la atracción erótica, nos lleven a abrir sin quererlo sus puertas.

Sin embargo, hay un signo que enfoca nuestros anhelos, atrae nuestra valoración y nos llama poderosamente a expresar el ser en totalidad. Es el signo de nuestro Sol, el signo natal, el mismo que conocemos sin tener idea de cartas astrales o Ascendentes. Todos sabemos que nacimos en el mes de Libra, o de Sagitario. Y ese signo solar se vuelve en el alma una secreta identidad, una promesa de realización, una vocación de plenitud.

No es un signo que refleje nuestra forma de ser, nuestra inmediata psicología. Como descripción de la personalidad, rara vez coincide con muchos de nuestros rasgos más notorios. Pero, a medida que vamos creciendo y realizando la promesa, creando la obra de nuestra vida, expresando la más profunda individualidad, la tonalidad arquetípica de nuestro signo emerge cada vez más radiante. Sea cual sea la esfera de actividad o profesión, el estilo en

que realizamos excelencia revela luminosamente el tesoro del signo donde brilla el Sol personal.

Cómo no apreciar en Borges o Nicanor Parra la genialidad Virgo para trabajar el lenguaje como alquimistas de la sorpresa y la revelación; la misma genialidad Virgo con que Francisco Varela y Humberto Maturana construyen desde el laboratorio impensados puentes entre ciencia y espíritu, biología y amor. Cómo no amar el amor Cáncer con que Neruda recrea la dulce patria acariciando sus costas, sus frutos, su gente, ofreciendo el caldillo de congrio en la mesa deslumbrante de los dioses. Cómo no respirar aliviados con el aire fresco, geminiano, con que Isadora Duncan revolucionó la danza expandiendo el cuerpo y el alma hacia una nueva libertad. Cómo no ver en Gandhi y John Lennon el mismo espíritu Libra abriendo las conciencias a la paz.

© Gonzalo Pérez Benavides 2006
Registro Propiedad Intelectual N°157.430 (06-SEP-2006)
gonzapb@gmail.com - www.gonzalopez.cl
Teléfono: (56-2) 273 6039
Santiago, Chile